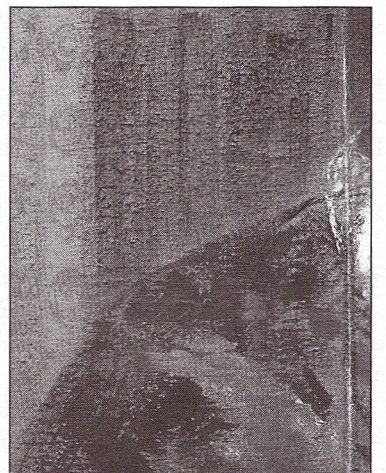


EFEMÉRIDES



stermann.,

tität und
Anthropos,

de la feno-
Madrid:

malogía de
5-243.

Francisco

physik von
Johannes

aphysicae.
S. Rábade,
Puiggervver.

Suárez: su
(1995), pp.

ed. Madrid:

ed. Madrid:

cia y reali-

ed. Alianza,

ed. Alianza,

Elizabeth Muñoz Barquero

El Toloa, un anónimo y una esperanza*

1. El Toloa

El Toloa, un barco de Compañía Bananera, zarpó de Cuba con rumbo a Puerto Limón, Costa Rica, en 1940. Llegó a su destino el 16 de febrero de ese año. Como parte de su cargamento traía a un inquieto joven de 32 años: Teodoro Olarte Sáenz del Castillo, un vasco nacido el 20 de mayo de 1908 en Vitoria, quien se graduó como abogado en la Universidad Central de Madrid, donde también estudió filosofía.¹ En esa institución escuchó a Ortega y Gasset, a García Morente. La Guerra Civil Española lo impulsó a abandonar España y por Vigo se dirigió a los Estados Unidos. Ejerció el periodismo en California durante tres años y también estuvo en México. Viajó a La Habana con el objeto de irse luego a Caracas, a trabajar en la Universidad. Pero resulta que en Cuba entró en contacto con el Cónsul de Costa Rica y este le habló tales maravillas, que nuestro Teodoro decidió embarcarse (creo que por partida doble). Así, se hizo a la mar, y nos llegó como periodista.

Don Fernando Lara, pariente del Cónsul recién mencionado, ayudó a Olarte a obtener la residencia. Desempeñó algunas tareas periodísticas y pronto empezó a ser profesor en el Colegio Seminario, en el colegio Los Ángeles, en el San Luis Gonzaga, en el Liceo de Costa Rica y en el Nocturno Omar Dengo. En 1949 se casa con doña Graciela Palacino (el 16 de marzo) con quien procreará dos hijos. En 1952 se nacionalizó costarricense (18 de enero).

Pero retrocedamos de nuevo en el tiempo. La Universidad de Costa Rica le reconoce los estudios de filosofía realizados en España y en 1945, obtiene la Licenciatura en Filosofía por

la Facultad de Filosofía y Letras, con su tesis acerca del connotado escolástico jurista penalista y teólogo español: “*Alfonso de Castro. Su vida, su tiempo y sus ideas filosóficas*”.

En 1946 comienza a trabajar en la joven Universidad de Costa Rica impartiendo latín, filosofía y psicología. No dejará la Universidad de Costa Rica sino hasta 1978, cuando se pensiona. Su fructífera labor se proyectó en diferentes actividades.

En 1951 fundó la revista *Idearium* “a fin de servir a la información cultural que muchos costarricenses, amantes del saber, anhelan.” Él, que no soportaba a los abogados, abogó siempre por el desarrollo de la cultura.

En nuestra institución fue, desde 1957, profesor en Estudios Generales, en la cátedra colegiada de Fundamentos de Filosofía, desde la que nacerá (en ese mismo año) el Departamento de Filosofía. Titular de Antropología Filosófica en 1962, Director del Departamento de Filosofía, jefe de redacción de la Revista, vicepresidente de la Asociación Costarricense de Filosofía, participó en Congresos Internacionales (en 1959, en el VI Congreso Interamericano de Filosofía en Buenos Aires, Argentina y en 1961, en el II Congreso Extraordinario Interamericano de Filosofía, en nuestro país). En 1967 fue declarado catedrático. También fue decano suplente de la Facultad de Letras (1963), vicedecano de esa facultad en 1968, director del Departamento de Filosofía (hoy Escuela).

En 1966 obtuvo el Premio Nacional de Ensayo, por su libro *Filosofía actual y humanismo*. En 1973 la Universidad de Costa Rica le otorgó el Doctorado Honoris Causa pero él impuso condiciones²: tenía que ser un Doctorado

Laboris Causa, mediante su trabajo y su tesis doctoral: *El ser y el hombre*, publicado en 1974.

Además de sus libros, publicó numerosos artículos en revistas y en la prensa costarricense y por fortuna tenemos fuentes bibliográficas amplias, aunque no completas³, para quienes deseen conocer su quehacer y pensamiento o profundizar en ellos.

En 1978 es nombrado profesor emérito y fallece en mayo de 1980.

Suerte para Costa Rica, la labia del cónsul y el rumbo del Toloa.

2. El anónimo

La primera vez que escuché a Olarte quedé encandilada: aquello era como un juego de pólvora; a duras penas entendía de lo que hablaba, pero era tan apasionado, tan provocativo en sus clases y conferencias, eran tantos los retos intelectuales, que una no podía no estudiar. Y tampoco una se atrevía. Así de simple.

En aquellos años (más de treinta, señoras y señores) uno oía (como ahora) cosas en los pasillos de la “diáspora” (no había Escuela con Edificio): que era furibundo, que era un demonio, que había que llevar agua bendita a la clase, que había que matarse estudiando, que no dejaba hablar a nadie, etc. Pues bien, desde pequeña siempre me pareció que cuando hablan tan mal de alguien o algo, es porque debe tener en su haber muchas cosas buenas y así me matriculé.

Era un excelente profesor: claro, conciso y macizo; exigente, conducente; generoso con sus libros y su tiempo para atender inquietudes de la más diversa índole, riguroso, estudioso y sí, muy paciente. Y la paciencia en ocasiones se pierde; alguna vez lo oí con aquella voz de trueno que tenía, decirle a un compañero que no había hecho su tarea de lectura, pero insistía en argumentar: “¡Yo no tengo la culpa de que la verdad sea más grande que su cabeza!” Asimismo nos decía “el que solo filosofía sabe ni filosofía sabe”, pensamiento que también dejó consignado por escrito⁴. Y sabiendo él tanto, nunca lo percibí como jactancioso: él no era arrogante, no hacía alarde de sus vastos conocimientos; tan sólo los ponía al servicio de quienes quisieran aprovecharlos.

Pero sí era muy sincero, cosa que podría haber parecido ofensiva a muchos. Y sí tenía muy buen sentido del humor.

Pues bien, una hasta que quedaba mareada, con la cantidad de información que nos daba y las cosas que pedía. Era como estar en los carros chocones. Y un día de tantos se me ocurrió la peregrina idea de darle una broma (soy bromista, algunos de ustedes lo saben); en conocimiento de mis intenciones estaban cuatro personas (y de ellas una aquí presente), que desde luego, siendo buenos amigos y amigas, me previnieron de todo lo que me podría pasar. Dos de ellas vigilaron que no hubiera nadie en el pasillo mientras yo le dejaba un papel, sin firma y escrito a máquina, debajo de la puerta de su cubículo (creo que era el 515); el papel decía: “Teodoro te adoro”. A ver si el diablo es tan malo como lo pintan, pensé. A la clase siguiente no pasó nada, ni en el resto del curso. Cara impenetrable, ojos centelleantes como siempre, lecciones vívidas, apasionadas.

Pasó un tiempo y supe que él necesitaba asistente. Así que fui a verlo y me dio la asistencia. Le di las gracias y cuando ya estaba en la puerta para irme me dijo: “Venga acá, por favor”. Metió la mano en una gaveta del escritorio, sacó un papel y me dijo “¿Verdad que usted fue la autora de esto?” ¡Era el anónimo! Pensé rápido mientras sentía que la tierra se abría bajo mis pies. Pensé que lo mejor era aceptar mi responsabilidad y le contesté: “Sí señor, fui yo”. Quedé como petrificada esperando lo peor, pero él, conteniendo la risa, me dijo: “Ya lo sabía; sólo usted podría ser tan osada y maleducada; preséntese mañana por la tarde.”

Cuando di mis primeros pasos como profesora, en 1975, en la Escuela de Estudios Generales, me manifestó: “Un día de tantos llego, para ver qué está haciendo usted ahí”. Yo estudiaba como loca, porque tenía que hacerlo y además por el susto de que fuera a cumplir su palabra y me oyera hablando tonteras. Y sí, en efecto, un día, ahí estaba sentado en la última fila. Y se quedó. A la salida me esperó y me dijo: “estuvo bien, promete, promete.”

Me estimuló profundamente para que iniciara la tesis de licenciatura; me oía con paciencia, me prestaba sus libros, en una época en que no había plata para comprarlos, pues todos éramos

unos “limpios”; no había fotocopias y ni soñar con Internet (toda reproducción se hacía con “esténsiles”). Así lo hizo con mucha otra gente. Y cuando un día le presenté al que todavía es mi compañero de vida, socarrón y sincero le espetó: “¡Señor, es usted valiente o no sabe en lo que se está metiendo!”

Don Teodoro, usted me encandiló, me deslumbró, me alumbró.

3. Una esperanza

Olarte, el que decía a propósito de los “pseudomotores” de la cultura “que para el resentido es imprescindible un objeto en que morder”; Olarte, el autodeclarado anarquista espiritual, el polemista insigne, el “unicista” a ultranza, el antikantiano (pero no tanto), el guerrero metafísico, el que afirmó que “si no es en mi ser, el ser no aparecerá por ninguna parte”⁵ y que “sólo a título de excepción la mujer ha llenado su destino existencial en la historia”⁶; Olarte, el que se compró el pleito en torno a la posibilidad de una “filosofía americana o latinoamericana”, el de la esencia de la Universidad; Olarte, el que arremetió contra la puerilización de la educación; el que batalló “Pro Universitate Nostra”; Olarte, el paladín de la función de la filosofía en la Universidad, el de las “Variaciones filosóficas sobre El Quijote”⁷.

Todos esos Teodoros son el Olarte de *El ser y el hombre*, su último libro.

Cuando se publicó, pocas personas aceptaron el reto de referirse a él. Dijo el estimado don Luis Camacho en su oportunidad⁸: “Si bien abundan las obras acerca de la filosofía, son pocas las verdaderamente filosóficas en el sentido de que expongan un pensamiento que el autor esté dispuesto a defender como propio; (...) debió (este libro) haberse convertido en motivo de seria discusión filosófica.”

“Sospechamos de la calidad del pensamiento del que se encuentra junto a nosotros; él es un mero compañero de trabajo; por ello, su obra tiene que carecer de calidad. En el caso de Olarte, se le tiene demasiado respeto como para estudiar su obra, pero ese respeto es sospechoso; tras él se encierra una profunda desconfianza hacia el pensamiento propio y el pensamiento ajeno.” Esto afirma don Helio Gallardo⁹. Camacho y Gallardo

toman el guante y analizan la obra con profundidad, con elegancia y verbo exquisitos; don Teodoro contesta, se defiende con gallardía¹⁰. No les recuerdo o cuento más de los contenidos riquísimos de esta polémica memorable, y pocas veces repetida en los últimos 30 años en nuestro campo, en nuestra Escuela. Vayan a leerla y a releerla. Nada más les digo sin poder hacer justicia aquí a esos artículos –por razones de tiempo– que según lo interpreto, para Camacho el diablo de la metafísica tradicional, que Olarte echó por la puerta, se le volvió a meter por la ventana a don Teodoro. Para Gallardo, Olarte ha superado en la práctica sus marcos teóricos o sea sus contradicciones.

Con contadas excepciones¹¹ “se puede afirmar que no ha existido una intención sostenida por sistematizar y profundizar en el pensamiento de Olarte.” Esto lo consigna el estimado don Helio Gallardo en 1975. Y para mí lamentablemente sigue siendo cierto.

La muerte es la última aventura de don Quijote, decía Olarte Sáenz del Castillo. Tal vez podríamos decir eso mismo de él. Al igual nos dice que nuestra finitud y contingencia reclaman, no la aniquilación, sino la infinitud con esperanza. Sinceramente ignoro el significado exacto de estas sus palabras, pero puedo interpretar “infinitud con esperanza” como la obra extensa y rica que nos legó. Y la esperanza es que algunos profesores y estudiantes de la Escuela de Filosofía junten el guante y acepten el desafío de meterse a fondo con don Teodoro. A no ser que el Ser –y la discusión que entraña– ya no sea...

¡La esperanza es que lo “irrespeten”!

Elizabeth Muñoz Barquero, 31 de agosto de 2005

Notas

- * Texto leído en la mesa redonda sobre Teodoro Olarte celebrada el 31 de agosto de 2005 en el auditorio Roberto Murillo, Facultad de Letras, UCR.
- 1. Para los datos biográficos aquí consignados me basé principalmente en: Guillermo Malavassi, *Olarte, Láscaris y la filosofía latinoamericana*, pp. 17-68; Francisco Antonio Pacheco, *El pensamiento de Teodoro Olarte a través de sus escritos*; Constantino Láscaris, *Desarrollo de las*

- ideas filosóficas en Costa Rica*; Helio Gallardo, "Teodoro Olarte, filósofo".
2. Gallardo, "Teodoro Olarte, filósofo", p. 197.
 3. Ver Pacheco, *El pensamiento de Teodoro Olarte...*; ver el índice bibliográfico elaborado por Manuel A. Bolaños; se puede ver también la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, Nos. 63-64, Vol. XXVI, diciembre de 1988; la No. 87, Vol. XXXV y la No. 101, Vol. XL, julio-diciembre, 2002.
 4. Ver "Filosofía y cultura personal", en *Filosofía actual y humanismo*, p. 280.
 5. *El ser y el hombre*, p. 10.
 6. *Ibid.*, p. 179.
 7. *Filosofía actual y humanismo*, pp. 305-311 y pp. 181-197 respectivamente.
 8. Luis Camacho, "La metafísica al acecho", p. 185.
 9. Helio Gallardo, "Teodoro Olarte, filósofo", p. 198.
 10. En *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, No. 38, Vol. XIV y No. 40, Vol. XV, respectivamente.
 11. Láscaris, *Desarrollo de las ideas filosóficas...*: Francisco Antonio Pacheco, *El pensamiento de Teodoro Olarte...*; María Angotta que reseña *Filosofía Actual y Humanismo* en la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* en 1967; Erika Scholz reseña *El ser y el hombre* en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* en 1974; Juan Diego López, "En torno al Ser y el Hombre", de 1975; Camacho y Gallardo, ya citados.
- ### Bibliografía
- Angotta, María. "Reseña de *Filosofía Actual y Humanismo*". *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Vol. VI, Núm. 20, enero-junio, 1967.
- Bolaños, Manuel A. "Bibliografía de Teodoro Olarte". *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Vol. XIII, Núm. 37, 1975, pp. 213-221.
- Camacho, Luis. "La metafísica al acecho". *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Vol. XIII, Núm. 37, 1975.
- Gallardo, Helio. "Teodoro Olarte, filósofo". *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Vol. XIII, Núm. 37, 1975, pp. 195-197.
- Láscaris, Constantino. *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1964.
- López, Juan Diego. "En torno al Ser y el Hombre". Publicado por la Asociación de Estudiantes de Filosofía, 1975.
- Malavassi, Guillermo (Introducción y selección). *Olarte, Láscaris y la filosofía latinoamericana*. San José, Costa Rica: EUCR, 1980.
- Olarte, Teodoro. "Contesto y me defiendo, aclarando". *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Vol. XIV, Núm. 38, pp. 107-110.
- _____. *Filosofía actual y humanismo*. San José: Editorial Costa Rica, 1966.
- _____. "Helio Gallardo y mi pensamiento filosófico". *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Vol. XV, Núm. 40, pp. 105-107.
- _____. *El ser y el hombre*. San José: Costa Rica, Editorial Fernández-Arce, 1974.
- Pacheco, Francisco Antonio. *El pensamiento de Teodoro Olarte a través de sus escritos*. San José, Costa Rica: Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, Serie Filosofía No. 25, 1965.
- Scholz, Erika. "Reseña de *El ser y el hombre*." *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Vol. XIII, Núm. 36, 1974.